

LA IDEA DE VOCACIÓN EN ORTEGA ¹

Samuel Yáñez

Me propongo en esta presentación reflexionar sobre la idea de vocación en el pensamiento de Ortega. Hace unos 25 años atrás me encontré por primera vez con la obra del filósofo español, gracias a la sugerencia de uno de mis profesores en la universidad, Arturo Gaete, quien había trabajado en su tesis doctoral sobre “el sistema maduro de Ortega”, tesis que fue publicada en 1962 en Buenos Aires. En ese trabajo, Gaete dedicaba un capítulo entero a la idea de vocación. Le parecía un concepto central éste en la teoría general de la vida de Ortega.

En la filosofía de Ortega nos encontramos con un análisis de la vida, entendiendo aquí por “vida”, no el proceso biológico, sino ese acontecimiento originario y biográfico en que consiste el vivir de cada uno de nosotros. Crítico del idealismo moderno, que había dado a luz un ejercicio racional distante de la vida y su dramatismo, Ortega se esforzó por volver a reconciliar vida y razón. Ésta le pareció la tarea de su tiempo. Para ello, era necesario un estudio del vivir que mostrara sus estructuras originarias y el lugar de la razón en ellas.

El análisis orteguiano de la vida permite develar sus rasgos peculiares. La vida es la realidad radical, pues es la raíz de todo cuando nos sucede y hacemos. Esto no significa que se trate de la realidad más “*elevada, respetable, sublime o suprema*”,² sino que la vida es lo que está a la base. Lo que radicalmente nos sucede es, precisamente, vivir. Ahora bien, vivir consiste “*en que el hombre está siempre en una circunstancia, que se encuentra de pronto y sin saber cómo sumergido, proyectado en un orbe o contorno incanjeable, en éste de ahora*”.³ La vida tiene carácter transitivo. Además, ella posee un ser ejecutivo: “*esa vida que nos es dada, nos es dada vacía y el hombre tiene que irsela llenando, ocupándola*”.⁴ En su actualidad, la vida es tarea y problema abiertos, forzosidad de resolver el problema de sí misma. Vivir es ante todo algo que vamos haciendo, una faena: “*el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es ser ya, puesto que lo único que nos es dado y que hay cuando hay*

¹ Ponencia presentada en *Coloquio Internacional sobre la vida y la obra de José Ortega y Gasset y su influencia en Chile, en el 50º aniversario de la muerte del Maestro*, desarrollado en Santiago de Chile entre los días 28 y 30 de noviembre de 2005.

² *El hombre y la gente*, VII, 101. Los escritos de Ortega se citan de la edición de sus *Obras Completas*, en 12 volúmenes, en *Revista de Occidente*.

³ *En torno a Galileo*, V, 23.

⁴ *El hombre y la gente*, VII, 102-103.

vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya. (...) La vida es un gerundio y no un participio: un faciendum y no un factum".⁵ La ejecutividad de la vida funda su historicidad. En cuanto histórica, la vida es una cadena de sucesivas experiencias que se van acumulando, un sistema deviniente: *"el ser del hombre es irreversible, está ontológicamente forzado a avanzar siempre sobre sí mismo"*.⁶ *"El Hombre no es un primer hombre y eterno Adán, sino que es formalmente un hombre segundo, tercero, etc."*.⁷

Desde otro punto de vista, la realidad vital se presenta al análisis como naufragio e inseguridad radicales: *"el hombre es el único viviente que para vivir necesita darse razones de existir. (...) La vida humana necesita –quiera o no- justificarse ante sus propios ojos"*.⁸ La inteligencia no es un adorno o elemento secundario del vivir humano, sino un ingrediente vital fundamental. También la vida es soledad radical y, al unísono, indecible afán de compañía. Ella es intransferible, individualísima, pero en el seno común, como la gota en la nube. Un último rasgo de la vida como realidad radical que deseo recordar aquí es su carácter aventurero, fantástico, poético, creador. Vivir es soñar y emprender, esfuerzo de invención de sí misma. *"La aventura quiebra como un cristal la opresora, insistente realidad. Es lo imprevisto, lo impensado, lo nuevo. Cada aventura es un nuevo nacer del mundo, un proceso único. (...) Recuerdo a este propósito un admirable dibujo de Gavarni. Es un viejo socarrón junto a un tinglado de esos donde se enseña el mundo por un agujero. Y el viejo está diciendo: es preciso mostrar imágenes a los hombres, la realidad los bestializa"*.⁹

En esta vida, la de cada cual, realidad radical, transitiva y ejecutiva, drama histórico y creador, irreplicable y social, la vocación es el ingrediente más extraño y misterioso.

En una persona concreta, los impulsos vocacionales son plurales, aunque algunos de ellos predominan sobre el resto. Ellos se forman durante la infancia, no coinciden necesariamente con las dotes o cualidades personales, y pueden evolucionar e, incluso, sufrir transformaciones muy radicales, como en el caso de las grandes conversiones, no sólo en sentido religioso. Toda vocación es individualísima, pero en ella se encuentran siempre elementos genéricos radicados en el grupo social, en el momento histórico, en la forma cultural de vida.

⁵ *Historia como sistema*, VI, 32-33.

⁶ *Ibid*, 37.

⁷ *Ibid*, 43.

⁸ *Los "nuevos" Estados Unidos*, IV, 359.

Pero vamos a lo que nos interesa aquí: ¿qué es la vocación para Ortega? Constituye, nos dice, lo más profundo de nosotros mismos, nuestro ser verdadero.¹⁰ Ortega piensa la vocación como la raíz ontológica del vivir. Al revisar sus escritos, nos encontramos con un conjunto de cuatro nociones que le sirven para dar cuenta de este ingrediente extraño, fundamental y misterioso.

En varios lugares habla de un fondo, el **fondo insobornable** que nos habita y lleva. “*Es inevitable: hacia los treinta años, en medio de los fuegos que perduran, aparece la primera línea de nieve y congelación sobre las cimas de nuestra alma. Llegan a nuestra experiencia las primeras noticias del frío moral. Un frío que no viene de fuera, sino que nace de lo más íntimo y desde allí envía al resto del espíritu un efecto extraño, que más que nada se parece a la impresión producida por una mirada quieta y fija sobre nosotros. (...) Rompiendo entonces sin conmiseración la costra de opiniones y pensamientos recibidos, interpelamos a cierto fondo insobornable que hay en nosotros. Insobornable, no sólo para el dinero o el halago, sino hasta para la ética, la ciencia y la razón*”.¹¹

Se trata de un fondo esencial que afirma y niega, activo por tanto. Dicho fondo constituye lo que en verdad somos y sentimos: es una raíz sustancial y emotiva a la vez. Es también el lugar del pensar más originario y verdadero: es un fondo afectivo e inteligente, lugar primigenio de la verdad. Constituye el criterio primero y último de lo que sea real y concreto en la existencia. Allí, por tanto, la realidad de nosotros mismos se encuentra en su primera actualización vital. Este fondo, muchas veces desconocido, se manifiesta sin embargo, para el que sabe comprenderlo, de manera clara e indiscutible en nuestros amores. Pues amamos lo que amamos porque dicho fondo nos incita a determinados objetos y quehaceres. El fondo es fuente de valoraciones y, como tal, ámbito originario también de lo bueno y lo bello. En el fondo, somos un sistema de preferencias y desdenes.

También dice Ortega que la vocación es **imperativo**. En *La rebelión de las masas* expresa su preocupación por la situación que amenaza a la juventud europea hacia 1930: “*Sin mandamientos que nos obliguen a vivir de un cierto modo, queda nuestra vida en pura disponibilidad. Esta es la horrible situación íntima en que se encuentran ya las juventudes mejores del mundo. De puro sentirse libres, exentas de*

⁹ *Meditaciones del Quijote*, I, 369. He traducido una expresión en francés.

¹⁰ Cfr.: *En torno a Galileo*, V, 138; *Introducción a Velásquez*, VIII, 566; *Goethe desde dentro*, IV, 400.

*trabas, se sienten vacías. Una vida en disponibilidad es mayor negación de sí misma que la muerte. Porque vivir es tener que hacer algo determinado –es cumplir un encargo- y en la medida en que eludamos poner a algo nuestra existencia evacuamos nuestra vida”.*¹² En el fondo hay una orden de carácter ético-vital, anterior a un, por lo demás, problemático imperativo categórico de naturaleza moral-racional, al modo kantiano. Este imperativo vital impera fidelidad a la sensibilidad profunda y a la posibilidad más propia entre las muchas posibilidades que siempre se abren al vivir. Es un imperativo que manda vivir de un modo determinadísimo.

La vocación es pensada por Ortega también como **proyecto**. *“Usted no es cosa ninguna, es simplemente el que tiene que vivir con las cosas, entre las cosas, el que tiene que vivir no una vida cualquiera, sino una vida determinada. No hay un vivir abstracto. Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior, en el sentido de independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico ser, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para realizar o no ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. El mundo en torno o nuestro propio carácter nos facilitan o dificultan más o menos esa realización. La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aún con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto”.*¹³

La noción de proyecto completa la de imperativo. El fondo manda ser el que tenemos que ser: ¡llega a ser el que eres! El objeto radical de deseo es la propia mismidad, consistente en un determinadísimo perfil ejecutivo. Que nuestro ser sea un proyecto nos descubre la diferencia que existe entre nuestra vida efectiva y nuestra vida imperativa. Por esta incoincidencia, vivir es esfuerzo por encajar en uno mismo. Acurrucada en el fondo, palpita una leyenda secreta que no se realiza nunca del todo: es la dosis de frustración que acompaña, más o menos, el afán vital humano.

¹¹ *Ideas sobre Pío Baroja*, II, 74-75.

¹² *La rebelión de las masas*, IV, 239.

¹³ *Goethe desde dentro*, IV, 400.

En cuanto proyecto, la vocación proyecta sentido y realidad en la circunstancia. Esta vocación “*está ahí, sin más, previa a todo el resto de cuanto constituye nuestra realidad hasta tal punto que toda esa realidad restante: nuestra alma, nuestro cuerpo, las cosas en torno o mundo físico, los demás hombres o mundo social, son los que concretamente son según lo que signifiquen referidos a nuestro yo*”.¹⁴ Llama aquí Ortega “yo” al proyecto que somos.

Por otra parte, la idea de proyecto dice relación con el tiempo. La vocación adelanta lo que aún no es, pero tendría que ser, aunque podría no ser. El fondo es un pozo de promesas y finalidades, necesarias pero posibles. Nuestro proyecto, como hermosamente lo señala Ortega, es como un tiempo a la espalda del tiempo: somos lo que somos por anticipado. Hay una raíz del tiempo latiendo allí, en la vida temporal. Parece no ser algo trascendente, pero tampoco meramente inmanente al vivir. Es la vocación, donde se ligan necesidad y posibilidad. El proyecto lo somos, no lo tenemos, producimos, imaginamos o ideamos. Pero lo somos imaginándolo. Como si dijéramos: en la faena imaginativa, no todo es irrealidad, una base de realidad está siempre presente.

Estos ingredientes de necesidad y posibilidad que aparecen en la vocación, llevan a Ortega a pensarla también bajo la categoría de **destino**. Ser el que somos –esto es lo que radicalmente nos pasa, nos dice. Esta noción de destino le sirve a Ortega para destacar el carácter finito y limitado de nuestro ser vocacional: lo que nos falta es lo que nos sostiene.

Esto es lo que ha dicho Ortega –que la vocación es fondo, imperativo, proyecto y destino, raíz del vivir humano. Si llamamos metafísico a lo más real de algo, entonces habrá que decir que la vocación, para Ortega, es el elemento metafísico de la vida.

Pero, si vocación es, a la vez, tener que ser y poder no ser, un no ser aún convocado a ser, una especie de temblor a medio camino entre el no ser y el ser, ¿dónde radicar el proyecto que somos? Dice Arturo Gaete: “*Esta pregunta ya no se la hace Ortega. Pero hay solamente una alternativa: el proyecto es idea de la mente divina o es a la manera de una esencia individual subsistente en un mundo ideal, análogo al mundo de los valores. Creemos que la segunda posibilidad tendría más afinidad con la filosofía de*

¹⁴ *Sobre la leyenda de Goya*, 73.

Ortega’¹⁵ En todo caso, esta opción interpretativa no anula la otra posibilidad, pues el mismo Ortega señala que somos lo que somos “*por inescrutable e inexorable decreto divino*”.¹⁶ Piensa Gaete que la raíz metafísica de la vocación está en un orbe ideal y/o en la mente divina.

Para abordar este problema viene en nuestra ayuda el pensamiento de otro español, que se reconoce a sí mismo, en relación a Ortega, “*hechura suya*”. Se trata de Zubiri.

En la raíz de la vida, que es la realidad radical, hay una aprehensión de realidad. *Yo soy yo y mi circunstancia*, había sostenido Ortega. Y esta circunstancia es *realidad enigmática y no-yo mío*. En cuanto *no-yo*, es alteridad; en tanto *mía*, está aprehendida. El vivir, por tanto, aloja un acto de aprehensión de alteridad. La raíz de la vida de cada cual es un estar aprehensivo. No se trata de un estar pasivo, sino de un activo estar. Y de un estar real, en la medida que lo aprehendido lo es.

La noción radical de *realidad*, entonces, no es la de lo que existe *en sí*, fuera de la mente, ni tampoco la de lo que existe *para mí*, al modo de algo puesto. La idea originaria de realidad es la de *alteridad* dada en esa aprehensión que está a la raíz del vivir de cada cual. ¿En qué consiste dicha alteridad? Sus contenidos son muy diversos. Pero la alteridad no consiste formalmente en sus contenidos, sino justamente en un modo de quedar los contenidos. ¿Cuál es ese modo? La alteridad de realidad consiste en quedar de tal modo en la aprehensión, cualquiera sea el contenido concreto, que éste queda como fundando el propio acto aprehensor. Quedar como real es quedar como siendo formalmente *anterior* a la aprehensión misma. Zubiri llama *formalidad* al modo de quedar. De esta manera, realidad es radicalmente una formalidad.

Realidad es formalidad. Como tal, ella ya está accedida originariamente en el vivir. Más aún, vivir es un drama que se desarrolla *ab initio* en el elemento de esta formalidad de alteridad. Ortega no negaba que la vida como realidad radical estuviese implantada en la realidad. En efecto, llamaba a la vida justamente *realidad radical*. Pero Zubiri ayuda a precisar el asunto.

¹⁵ A. Gaete, *El sistema maduro de Ortega*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1962, 125.

¹⁶ *El Intelectual y el Otro*, V, 510.

Ahora bien, Ortega decía que la circunstancia es un no-yo *mío*. Hay un polo del *mí* en la raíz del vivir. ¿Cómo conceptualizar este polo aprehensor de realidad? Zubiri piensa que esta raíz activa y constitutiva de todo acto vital es la *impresión de realidad*. Como lo aprehendido es realidad, es decir, aquella formalidad consistente en un quedar en la aprehensión en anterioridad formal respecto del acto aprehensivo, entonces el acto aprehensor es radicalmente un acto de impresión. Se trata de un acto pasivo. Una impresión supone la posibilidad de ser impresionado. El acto impresivo, entonces, debe ser llamado acto sentiente, pues sensibilidad es precisamente impresividad. El acto aprehensor es un acto sentiente. Desde esta perspectiva, se descubre al viviente humano, en su raíz misma, como el animal impresionado por la realidad.

Ahora bien, lo que se aprehende impresivamente es la realidad como formalidad. La impresión de realidad, por tanto, implica la actualización de dicha formalidad en la aprehensión. Recogiendo la tradición terminológica de la historia de la filosofía, parece haber buenas razones para denominar *intelección* a dicha actualización de realidad. Inteligir es esto, entonces: mera actualización de lo real en la aprehensión. Haciendo esto, Zubiri da a luz una nueva idea del acto intelectual. De este modo, el acto radical de impresión de realidad aparece como un acto de sentir intelectual, o de inteligir sentiente. No se trata aquí de dos actos distintos que confluyen sintéticamente (sentir e inteligir), sino de un acto estructural y formalmente unitario. Como señala Zubiri, en este caso sentir es un modo de inteligir, e inteligir un modo de sentir.

En su raíz, la actividad vital consiste en impresión de realidad y, por tanto, en un activo estar, que es un sentir intelectual o un inteligir sentiente. Al vivir, el viviente humano está ya implantado en la realidad por su inteligir. Pero la realidad es aprehendida en impresión y, por tanto, de modo no plenario en toda su riqueza y profundidad. En la impresión de realidad se encuentra la raíz, entonces, de todo *logos* y *razón*, actividades ambas, intelectivas y sentientes a la vez, que se mueven en el elemento real intentando penetrar más hondamente en él. Es la aprehensión primordial de realidad la que lleva a vivir pensando. Y como en esta aprehensión, realidad es modo de quedar en anterioridad formal, resulta que es la realidad misma la que en última instancia impele a cada cual a vivir pensando.

En su raíz, la vida de cada cual es aprehensión de realidad. Cabe todavía, empero, otra pregunta: ¿hay algo más al fondo? Zubiri, al igual que Ortega, piensa que sí: está el fondo insobornable. El caso de una percepción simple puede ayudar a desarrollar el punto.

Escucho un sonido. Lo aprehendo como real. ¿Qué me ha sido dado? La cosa real, que es el sonido. Pero puedo distinguir analíticamente en él su aspecto de cosa, por supuesto real, y su aspecto de real. Su realidad como formalidad, es decir, como modo de quedar, le pertenece intrínsecamente en cuanto cosa, por así decirlo. Pero no se agota ésta, su realidad, en el hecho de ser suya. Siendo *su* realidad, es sin embargo *más* que la cosa real. Lo aprehendido entonces en la percepción es la cosa real y, en ella, la realidad como tal, ese modo de quedar que es *más*. Al oír el sonido real, por tanto, he oído la realidad en forma de sonido.

Ahora bien, esta realidad oída se me da como base de mi actividad vital. En efecto, la realidad sonante me abre diversas posibilidades: taparme el oído, resbalar indiferentemente sobre el sonido, aguzar mi atención para gozar la melodía, y otras más. Se trata de una diversidad de posibilidades, entre las cuales imperativamente tengo que optar por alguna. La realidad oída resulta de algún modo fuente radical, posibilitante e impelente de mi actividad vital. Por decirlo así, la aprehensión de realidad se me revela, no como un acto de posesión de mi parte, sino más bien como la actividad de ser poseído por la misma realidad, que me tiene, me proyecta y me empuja.

Ahora bien, la realidad sonante, decía, en cuanto realidad, no se agota en este sonido real, en cuanto tal sonido. Es *más* que él. Zubiri dice: la realidad tiene *dominancia* sobre la cosa real. Por otra parte, la misma realidad sonante, también en cuanto realidad, se ha apoderado de mi vivir en la aprehensión, al modo de un suelo posibilitante e impelente. De este modo, la realidad también tiene *dominancia* sobre mi vivir. Pues bien, a la dominancia de la realidad en tanto realidad, Zubiri la denomina con el término *poder*. El poder es poder de realidad. Y este poder de realidad entonces se manifiesta como ingrediente constitutivo en mi percepción. Vivir, estar en la realidad aprehensivamente, consiste formalmente en estar religado al poder de la realidad. La vida de cada cual muestra así su raíz constitutiva nuclear: la *religación* al poder de realidad.

En cuanto posibilitante e impelente, el poder de la realidad está intrínsecamente unido al problema de los proyectos vitales. Para Zubiri también se trata de una voz y, por tanto, dice relación con la vocación. Pero Zubiri no desarrolla más el asunto por esta vertiente. Le interesa otro aspecto. La religación al poder de la realidad deja planteado el problema del fundamento de este poder. Por ello, el descubrimiento de la religación lleva a Zubiri a embarcarse en una justificación intelectual de la realidad de Dios y en una reflexión sobre el despliegue de la religación en experiencia religiosa.

Zubiri ha venido en nuestra ayuda. ¿Dónde radica la vocación? No en un orbe ideal, sino en el poder de lo real mismo, sentido e inteligido. Esta explicación, me parece, está más en la línea del pensamiento de Ortega, quien se afanó por volver a las cosas mismas, esas pedagogas de nuestra vida.